



Objetivo:

- Reflexionar sobre el concepto de identidad

Participantes:

Un número indiferente de personas a partir de 10 años

Material:

Fotocopias del anexo

Tiempo:

50 minutos

Desarrollo de la actividad:

Presentamos la actividad introduciendo el concepto de identidad y la necesidad que tiene toda persona de que se le reconozca esta.

Pedimos a cada alumno que lea el texto adjunto.

Iniciamos un debate sobre el concepto de identidad.

Evaluación:

¿Cómo se siente el narrador? ¿Qué plantea? ¿Qué piensas tú?

Orientaciones:

La identidad es múltiple, cambiante y relativa. Todos tenemos múltiples pertenencias, que cambian a lo largo del tiempo (antes era estudiante, ahora soy maestro...) y que no tienen el mismo significado según el lugar dónde uno está (no es el mismo ser mujer en Cataluña que en Irán). Flexibilizar la idea de identidad y no tener miedo a que se nos transforme es importante para hacernos personas capaces de responder positivamente a los conflictos.

“Desde que me fui del Líbano en 1976 para instalarme en Francia, muy a menudo, con las mejores intenciones del mundo, me han preguntado si me sentía «más bien francés» o «más bien libanés». Y siempre contesto lo mismo: «¡Ambas cosas a la vez! » No es por un deseo de equilibrio o equidad, sino porque si contestara otra cosa mentiría. Si soy quien soy y no otro es porque me encuentro en la frontera de dos países, de dos o tres lenguas, de múltiples tradiciones culturales. Esto es precisamente lo que define mi identidad. Sería más auténtico si me amputara una parte de mí mismo?

A aquellos que me hacen esta pregunta les explico, pues, pacientemente, que nací en el Líbano que viví allí hasta los veintisiete años, que el árabe es mi lengua materna, que es en las traducciones al árabe que descubrí por primera vez a Dumas, Dickens y Los Viajes de Gulliver, y que es en mi pueblo de la montaña, el pueblo de mis antepasados, donde tuve mis primeras alegrías de niño y donde oí ciertas historias que inspirarían más tarde mis novelas. ¿Cómo podría olvidarlo? ¿Cómo podría nunca borrarlo? Pero, por otra parte, hace veintidós años que vivo en tierra francesa, bebo su agua y su vino, mis manos acarician cada día sus viejas piedras, escribo mis libros en su lengua: para mí no será nunca una tierra extranjera.

¿Medio francés, pues, y medio libanés? ¡En absoluto! La identidad no se puede compartimentar, no se divide ni en mitades ni en tercios, ni por zonas separadas. No tengo diferentes identidades, sólo tengo una, hecha de todos los elementos que le han dado forma, en una «mezcla» especial que no es nunca la misma para otro.

A veces, cuando he terminado de explicar, con mil y un detalles, por qué precisas razones reivindico plenamente el conjunto de mis pertenencias, alguien se me acerca para murmurar, poniéndome la mano sobre el hombro: «Habéis hecho bien al hablar así, pero en el fondo del fondo, ¿qué os sentís más?»

Durante mucho tiempo, esta pregunta insistente me ha hecho sonreír. Hoy ya no me hace tanta gracia. Porque me parece que revela una visión de los hombres muy extendida y en mi opinión, peligrosa. Cuando me preguntan qué soy «en el fondo del fondo de mí mismo», se da por supuesto que hay, «en el fondo del fondo» de cada uno, una sola pertenencia importante, su «verdad profunda», por decirlo así, su «esencia», determinada una vez por todas al nacer, y que permanecerá invariable; como si el resto, todo el resto de su trayectoria de hombre libre, las convicciones que ha adquirido, sus preferencias, la propia sensibilidad, sus afinidades, su vida, en definitiva, no contara para nada. Y cuando se incita a nuestros contemporáneos a «afirmar su identidad», como tan a menudo se hace hoy, lo que se les está diciendo es que han de encontrar en el fondo de sí mismos esta pretendida pertenencia fundamental, que a menudo es de tipo religioso, o nacional, o racial, o étnico, y enarbolarla orgullosamente frente a los demás.

Si alguien reivindica una identidad más compleja, se encuentra marginado. Un joven nacido en Francia de padres argelinos lleva en su interior dos pertenencias evidentes, y habría de ser capaz de asumirlas ambas. He dicho dos para simplificar, pero los componentes de su personalidad son mucho más numerosos. Tanto si se trata de la lengua como de las creencias, la manera de vivir, las relaciones familiares, los gustos artísticos o culinarios, resulta que las influencias francesas, europeas, occidentales, se mezclan en su interior con influencias árabes, bereberes, africanas, musulmanas... Una experiencia enriquecedora y fecunda, si este joven se siente libre de vivirla plenamente, si se le anima a asumir toda su diversidad; por contra, su desarrollo puede ser traumático, si cada vez que se afirma como francés hay quién le mira como un traidor, incluso como un renegado, y si cada vez que defiende sus lazos con Argelia, su historia, su cultura, su religión, choca con la incomprensión, la desconfianza o la hostilidad.”

Fragmento extraído de “Identidades asesinas” de AMIN MAALOUF. Alianza Editorial